

Lo que pasó con Martina

Saúl Piemontesi

Saúl Piemontesi



Capítulo 1

Lo que pasó con Martina

La noche es fría y llueve copiosamente en Córdoba. Son las dos de la mañana del primer martes de abril y el movimiento en la calle es casi nulo. Martina camina a paso rápido y con los brazos cruzados por la vereda este de La Cañada, respirando de manera entrecortada y temblando a cada paso. A seis cuadras del Boulevard San Juan deja la vereda porque una tipa demasiado grande e inclinada le corta el paso. Unos metros más adelante vuelve a subir donde un farol ilumina con fuerza suficiente como para dibujar una sombra clara y nada más. Hay faroles en toda la Cañada y sus manchas de luz, muy alejadas entre sí, son casi un espejismo para Martina, que camina agachando la cabeza y con el cabello largo y brillante pegado sobre el rostro. Es luz que viene y se va en un momento y a la que no le presta atención; sólo quiere llegar a casa.

No pasa ningún vehículo a su lado ni por el costado opuesto de La cañada. Tampoco hay peatones. Ya no importa lo que pasó esa noche; sólo le interesa llegar.

Apura el paso cerca de la esquina. Cruza la calle sin detenerse y sin mirar a los lados; un hombre joven en bicicleta pasa a toda velocidad justo delante de ella y Martina emite un chillido apagado, corto y agudo de sorpresa y susto. Se aceleran sus latidos y, una vez reanudada la marcha, tarda media cuadra en sobreponerse pero mantiene el ritmo. Está cada vez más cerca de su departamento pero el camino se le hace eterno; la lluvia no se detiene y ahora el viento trae un frío penetrante.

Levanta la cabeza para quitarse el cabello de la frente y entonces ve el próximo farol apagado y alguien parado junto a él. Del otro lado del arroyo tampoco hay luz. Ahora sí se preocupa. No hay nadie más alrededor y la noche es tan cerrada que es imposible definir con claridad la figura pero no hay duda, allí está, como esperándola. Sigue caminando rápido pero se decide a cruzar de vereda. Mientras lo hace vuelve la vista hacia el farol muerto y ya no hay nadie allí. Se detiene sin pensarlo en medio de la calle y fija la vista unos segundos intentando adaptarse a la oscuridad. No puede creerlo, pero está sola de nuevo. Vuelve a caminar, ahora más rápido que nunca, casi empezando a correr y a punto de romper en llanto. Piensa sólo en una cosa: hay que llegar a casa.

Sus pasos apenas se escuchan a través de la lluvia pero distingue otro sonido de pisadas viniendo en pos de sí y a la misma velocidad. Gira la cabeza y no ve a nadie. La desesperación le deforma el rostro. Está a un momento de gritar y correr, pero se controla; después de todo, esa noche la había pasado mal y sus nervios, la oscuridad, la lluvia, sus ansias de

llegar a casa y el susto del ciclista le podrían haber puesto en la mente esa figura borrosa y los pasos que creía oír. El silencio ahora es imposible: a no muchos metros de allí corren avenidas, pero parece que todo el mundo se complota para dejarla sola. Avanza obligándose a mantener el ritmo y vuelve a escuchar esos pasos suaves que vienen hacia ella pero esta vez apagados por una voz de mujer murmurando una melodía que le llega clara e inconfundible, por momentos desde lejos y luego como si estuviera junto a su oído. Esta vez no puede evitarlo y comienza a sollozar. Una vez más gira y ve la figura que viene, como un manto negro arrastrado por el viento, avanzando velozmente a través de la cortina de agua sin tocar el suelo.

Martina comienza a correr. Cruza la equina tan rápido como puede sin pensar siquiera en abandonar La Cañada, como si estuviera impedida de irse de allí. Corre como si fuera la última vez, llorando y fijando su vista nublada en el siguiente farol, imaginando la luz tenue despertándola de la pesadilla. Pero entonces todas las luces se apagan. A ambos lados del calicanto ahora hay pura oscuridad y un silencio irreal roto por el constante repique de la cortina de agua y los truenos que quiebran el cielo. El frío y el miedo golpean hasta los huesos y la suave melodía vuelve a sonar, ahora más cerca que antes. Por momentos la reconoce, casi puede decir cuál es, pero luego se vuelve difusa. Corre, Martina, en la oscuridad, y sólo mira delante. Por fin piensa doblar en la esquina pero nunca llega a hacerlo.

La melodía se escucha más cerca, más cerca, el murmullo de una mujer cantando una canción de cuna, o una pieza clásica, o una canción popular, no puede definirla ni le interesa, pero su mente vuelve a ella una y otra vez. De repente detiene su frenética carrera porque la figura ahora está frente a ella, sólo a unos pocos metros. Quiere hablarle, tranquilizarse, hacerla y hacerse real, pero no puede; sólo sollozos salen de su boca y éstos se confunden con la melodía.

Martina está cara a cara con una figura vestida de negro, tan mojada como ella su larga túnica y unos pocos cabellos largos y oscuros escapando de la capucha que oculta su rostro, cayendo sobre el pecho hasta la cintura. "Mirame..." dice la voz clara y suave de mujer. Martina dice su última palabra: "S...s...sí..."

La mujer se quita la capucha y su rostro, el de una calavera con jirones de piel seca, se acerca al de Martina hasta que casi se tocan. Los pocos cabellos nacen en sus sienes. En las cuencas vacías de los ojos Martina ve algo que detiene su corazón para siempre.

El cuerpo de la joven cae al pavimento empapado y la figura cubre de nuevo su calva cabeza, levanta la muchacha con sus brazos pálidos y huesudos, la mira por un momento y vuelve a entonar su melodía de muerte. Avanza unos pasos con su carga y una nueva y suave voz se

escucha en la noche de La Cañada. Un farol se enciende cerca del espectro y un niño pequeño y delgado, de unos diez años, su ropa sencilla pegada al cuerpo por el agua y con los pies descalzos, se acerca caminando tranquilamente mientras le habla:

-No esta noche. Es un alma pura. Ella viene conmigo.

-Míaaaaa...-responde la Pelada de La cañada en una voz que ahora es casi un susurro, el silbido de una serpiente...

El niño la mira fijamente sin dejar de avanzar y habla una vez más:

-Fuera.

Ahora es ella quien siente temor y deja a la muchacha en la calle. Se esconde detrás de una tipa y parece desaparecer. El niño se arrodilla junto a Martina, levanta y sostiene su torso con un brazo y quita suavemente su cabello del rostro. Besa su frente, le susurra unas palabras al oído y la deja donde estaba. El agua de lluvia comienza a acumularse alrededor hasta tapar a la joven y un momento después ella se ha ido.

El niño comienza a caminar hacia la luz del farol pero se detiene a los pocos pasos. Mira por sobre el hombro al rincón detrás de la tipa donde la mujer de negro fuera a esconderse, esboza una tibia sonrisa y vuelve a hablar:

-Regresa mañana. No estaré aquí, pero si intentas otra vez llevarte un alma que no te corresponde vendré a buscarte y sufrirás mil años más. Nunca dejaré que mueras.

Luego se aleja, llega al farol y se funde con su tenue luz hasta que La Cañada queda envuelta en noche otra vez.